Porfirio Díaz comprendió que por entonces la causa nacional estaba perdida; pero en aquella alma grandiosa no cabían ni el pensamiento mezquino de someterse á los invasores, ni el sentimiento cobarde de huír del peligro. Y resolvió luchar hasta el fin, hasta que no quedara un sólo soldado en la trinchera, ni un cartucho en el fusil. Había algo de la desesperación sublime del héroe que sucumbe ante una fuerza superior, y que busca la muerte para no ver á su patria profanada, cayendo envuelto en la bandera que por tantos años y con tanta gloria defendió.

Y se lanzó á combatir, no como un General en Jefe, sino como el último de sus capitanes, marchando á la cabeza de sus columnas.

Los franceses desde los primeros dias de Enero habían ocupado la hacienda de la Aguilera: y como este punto era uno de los principales que formaban la línea avanzada de los sitiadores, Porfirio quiso recobrarlo: y al frente de la compañía de ingenieros que mandaba el Teniente Coronel Juan Perez Castro se lanzó sobre la hacienda, y después de un reñido combate desalojó al enemigo.

Pero aquel triunfo fué estéril, porque envió el Jefe francés un fuerte refuerzo, y nuestros soldados tuvieron que replegarse á la plaza.

Dia á dia se estrechaba más el sitio, y dia á dia disminuía más el número de los defensores que eran diezmados por el fuego tan nutrido y certero de los franceses, y por la deserción que cada vez era mayor.

El General Díaz era el primero en acudir al punto donde el peligro era más ingente, batiéndose como un soldado, realizando hazañas que rayaban en temeridad, y causando la admiración de sus subordinados. Estos, sobre todo los Jefes superiores, sospecharon que Porfirio sólo buscaba una muerte gloriosa en la trinchera, y en nombre del interés comun le expusieron que debía conservar su vida, que pertenecía á la Patria y á sus compañeros de armas.

Un mes hacía ya que duraba aquella defensa asombrosa, inaudita, y en la cual ménos de dos mil hombres, en una ciudad mal fortificada y peor artillada resistían á diez mil franceses, cuando desertaron en masa dos compañías enteras que guarnecían el Fortin más avanzado, con lo cual quedaban descubiertos los demás y la ciudad misma.

Porfirio mandó un refuerzo; pero comprendió que era imposible prolongar la defensa, y promovió un consejo de guerra para exponer á los Jefes y Comandantes que militaban á sus órdenes cuál era la verdadera situación de la plaza, que al primer asalto sería tomada.

Los Generales Salinas y Ballesteros, el Coronel Angulo, los Jefes de Brigada y los Comandantes de las líneas de defensa opinaron por la rendición, dejando al General en Jefe que la hiciera efectiva en los términos más decorosos.

Porfirio entónces envió al Coronel Angulo como parlamentario al campamento francés, para que solicitara de Bazaine una conferencia. Esto pasaba el 8 de Febrero de 1865.

Pasó todo el dia sin que Angulo volviera á la plaza: y entónces el General Díaz marchó sólo á presentarse al General francés, no pidiendo garantías para sí, sino sólo para sus subordinados y para los habitantes de la ciudad.

No tenemos que entrar aquí en considerando alguno para explicar este paso del Señor Diaz. Sólo dirémos que en la ciudad, y aún entre los subordinados de Porfirio corría el calumnioso rumor de que éste no quería rendirse, porque no tenía garantías personales, por haber sido uno de los prisioneros de Puebla.

Entónces Porfirio quiso demostrar que no temía la muerte, ni sacrificaba á sus tropas por su interés personal, y se presentó á Bazaine diciéndole que se rendía porque no tenía elementos para continuar la lucha: que sólo él era responsable de la guerra, y que pedía para sus soldados las garantías que el ejército francés dá á los valientes.

Oaxaca fué ocupada y el General Díaz enviado prisionero á Puebla.

MIAHUATLAN

(3 de Octubre de 1866).